

Siempre nos quedará la Yugoslavia de Rebecca West

2024 nos trae un primer regalo: el retorno de la Editorial Reino de Redonda, que fundó con mimo el tan añorado escritor Javier Marías junto a su compañera, la editora Carme López. Libros sin ánimo de lucro, con ánimo de compartir lecturas que les fascinaban. Este libro había quedado en mitad de su proceso de publicación cuando Javier Marías nos dejó y ella ha finalizado la edición para que podamos disfrutar de una de las obras más brillantes sobre las múltiples capas de Europa, escrita por Rebecca West (1892-1983), escritora que deberíamos reivindicar con más ahínco. “Cordero negro y halcón gris,” publicado en 1941, narra el viaje que había hecho a los Balcanes apenas tres años antes. Se edita este mes de enero el primer volumen y en pocas semanas estará disponible el segundo. Imposible entender la Europa de hoy sin conocer esa olla en ebullición de la antigua Yugoslavia en la que ella nos introduce de manera magistral. Publicamos un extracto del prólogo escrito para esta edición por el periodista ensoñador Jacinto Antón.



He de confesar —y es una ardua confesión para alguien que se tiene por un ferviente fan y algo *connoisseur* de la literatura de viajes— que no había leído *Cordero negro y halcón gris*, el libro cuya primera parte, en la que llegaremos a Serbia, es esta. No lo había hecho por varias razones. Primero porque cuando cayó en mis manos en la edición española de 2001 estábamos todavía muy cerca de la guerra de Bosnia (1992-1995) y un viaje a la Yugoslavia de 1937, que es lo que describe Rebecca West en su espléndido libro, parecía tan remoto como exótico en el urgente contexto de entonces. En segundo lugar, juzgaba erróneamente que la autora era una *outsider* en el género de la literatura de viajes por su peso literario: West es, en efecto, uno de los grandes nombres de la literatura inglesa y la asociaba con la novela (*El regreso del soldado*, la trilogía de los Aubrey), el ensayo (el imprescindible *El significado de la traición*, en esta misma editorial) y el periodismo (fue una gran reportera y cubrió para *New Yorker* los juicios de Núremberg). Y, por último, el libro se quedaba a las puertas de uno de mis periodos favoritos: la Segunda Guerra Mundial. Para eso, pensaba, me pillo *Eastern Approaches*, la clásica *memoir* de 1939 de Fitzroy Maclean que

incluye su época del SAS de 1943 al 1945 con Tito y los partisanos tras ser lanzado clandestinamente en paracaídas en Yugoslavia para servir de enlace con el mariscal en la lucha contra las fuerzas del Eje.

El caso es que el grueso volumen de West, de 1.300 páginas, se quedó durante años sin abrir en los estantes de mi biblioteca, en esas secciones “tierra de nadie” tan proclives a ser diezmadas cuando es obligada una reducción de títulos. Curiosamente, *Cordero negro y halcón gris* estaba por casualidad junto a la sección de literatura fantástica, en la que figuraban las obras de H.G. Wells, que, aunque yo entonces lo ignoraba, fue amante durante diez años, desde 1913, de Rebecca West, a la que llevaba 26 años, y padre de su hijo, Anthony West, con el que la escritora tuvo muy mala relación por un quitame allá esa biografía. Afortunadamente, conservé el libro, siendo muy consciente, pese a todas mis justificaciones dilatorias, de que se trataba de una obra maestra, como acreditaban numerosos críticos y autores (y amigos). El tomo contaba incluso con una introducción a cargo de Robert D Kaplan, el celebrado autor de *Fantasma balcánico*, que ponía *Cordero negro*

y halcón gris por las nubes y lo comparaba, para mi sorpresa, con *The River War: An Historical Account of the Re-conquest of the Soudan* (1899), de Winston Churchill, considerando que ambas monumentales obras presentaban un estilo similar al de Heródoto, ¡nada menos!, y describían las dos enrevesadas historias étnicas de pueblos, eslavo y sudanés, enfrentados a grandes pruebas que superar. Retengo una frase de Kaplan al respecto, y ya me gustaría ser capaz yo en este prólogo de decir algo parecido: “Lo cierto es que sin obstáculos difíciles no puede haber heroísmo”. Frase que se complementa con otra de West: “Un pueblo con una historia difícil posiblemente será un pueblo difícil”. La verdad, competir con Rebecca West, Winston Churchill y Kaplan es una faena...

He leído finalmente el libro de la autora —gracias, Reino de Redonda— y se me ha quedado cara de lelo: llevo más de veinte años predicando de literatura de viajes y hasta sentando cátedra gracias a haber conocido a gente como Wilfred Thesiger, Jan Morris, Paddy Leigh Fermor o Colin Thubron, y no era consciente de la carencia que significaba no tener leído el libro de Rebecca West. Un libro que, por entrar ya en materia, me ha recordado mucho, precisamente, al clásico de Leigh Fermor *El tiempo de los regalos* (la maravillosa trilogía formada por ese título, *Entre el bosque y el agua* y el inconcluso y póstumo *El último tramo*). Como el de Paddy, el viaje de West es al mundo europeo de entreguerras, un mundo a punto de desaparecer en la vorágine de la Segunda Guerra Mundial. Al igual que Leigh Fermor, la escritora londinense criada en Edimburgo (en realidad, es sabido, se llamaba Cicely Isabel Fairfield y al estudiar para actriz adoptó el nombre de la rebelde heroína de la obra *Rosmerholm*, de Henrik Ibsen), nos lleva a recorrer unos países y regiones y a conocer a unas personas que se van a sumergir en una ola de violencia y drama que los ahogará por completo. Ambos viajeros se fijan en las cigüeñas.

Cordero negro y halcón gris (dividido para esta edición en dos partes que lo hacen más manejable, la segunda incluirá los capítulos de Macedonia, la vieja Serbia y Montenegro) es un libro intelectualmente más denso, profundo y exigente que *El tiempo de los regalos* y sus continuaciones, pero que tiene en común su

sentido de la maravilla del mundo, su curiosidad y tantas otras virtudes que hacen del de Paddy un libro tan inolvidable. Otra diferencia entre el libro de Leigh Fermor y el de West es que esta no viaja sola, sino con su marido, Henry Maxwell Andrews (se habían casado en 1930), hombre discreto, juicioso y contenido, y bastante simpático, que a menudo pone con sus observaciones y conversaciones con la autora durante el trayecto un contrapunto ecuánime y moderado, sensato, y también a veces extemporáneo. Rebecca es, además, no hay que olvidarlo nunca, periodista, una gran periodista comprometida.

Rebecca West (OBE, miembro de la Orden del Imperio Británico, lo que le daba derecho al título de Dama) era una mujer de armas tomar y su fuerte personalidad y la contundencia de sus opiniones se enseñorean del libro. Hay que insistir en que así como Paddy (también OBE y además DSO, medalla de servicios distinguidos por sus méritos militares) retrata con nostalgia un mundo desaparecido, a menudo bastante idealizado, West tenía una intención no solamente literaria, sino activamente política al publicar su libro: fomentar que los Aliados ayudaran a Yugoslavia a salir del imperio de las sombras en que había precipitado al país la invasión nazi —lanzada por Hitler en apoyo de la previa de sus cómplices fascistas italianos. En ese sentido es reveladora la dedicatoria del libro: “Para mis amigos de Yugoslavia, los que ya murieron y los que están esclavizados, concédeles la Patria de sus anhelos y hazlos de nuevo ciudadanos del paraíso”.

West arranca su viaje en un coche-cama intentando explicarle a su marido por qué van a Yugoslavia, a la sazón, tras el asesinato en 1934 del rey Alejandro I, bajo la regencia del príncipe Pablo y el mando efectivo del impopular y autoritario primer ministro conservador serbio Milan Stojadinovi. Ella ya ha estado, dos años y medio antes, y ha quedado fascinada. “Había visto el lago azul de Ohrid, las mezquitas de Sarajevo, la ciudad amurallada de Korcula, y había columbrado la posibilidad de no encontrar palabras para expresar lo que quería decir porque tal vez no fuera verdad”, escribe. Y justifica: “Nunca estoy segura de la realidad de lo que veo si solo lo he visto una vez”. “¿Tan bonito es aquello?”, le pregunta su esposo. “Más de lo que te imaginas.” “Pero ¿cómo es?”, insiste él. “Mira, allí está todo. Excepto lo que



Cordero negro y halcón gris
Rebecca West
Trad. de Luis Murillo Fort
Reino de Redonda

tenemos nosotros.” Hay que habituarse a viajar con esta mujer arrolladoramente inteligente, que cita a Proust, no considera que haya que explicarlo y desmenuzarlo todo y confía en que los lectores la seguiremos.

Curiosamente, recuerda que la primera vez que pronunció la palabra “Yugoslavia” fue en 1934, recién salida de una operación de tres horas y media en la que la habían “abierto por aquí y por allá”, lo que resulta una buena metáfora del Estado balcánico. Escuchó en la radio en el hospital que el rey de Yugoslavia había sido asesinado y le expresó su alarma a una enfermera, que no entendía por qué aquello la preocupaba tanto. Lo que lleva a la escritora a un interesantísimo excursus sobre Sissi, Isabel de Austria —West se revela como una verdadera experta en la historia de los Habsburgo—, que es, además de una avanzada opinión valorativa sobre la emperatriz, hoy tan reivindicada, una estupenda introducción a la problemática (y la esencia) de los pueblos eslavos en el Imperio austrohúngaro. Estamos, en estos prolegómenos del viaje, en los predios de Mayerling, el misterio del malogrado príncipe heredero Rodolfo y María Vetsera, que es como tomar carrerilla para la visita. Desde los primeros compases, West se muestra sagaz, ya sea al hablar del corsé de Sissi, que no la salvó del estilete de Luccheni, su asesino, o de la ceguera de la opinión pública inglesa ante el desastre que se gestaba en Centroeuropa “y que nos consumiría a todos”. Y señala en una muestra de la fina ironía que no abandonará en todo el trayecto, “antes de la guerra solo iban a Austria nuestras clases altas, que como las de cualquier país solamente se fijan en los caballos, y los caballos austriacos eran excelentes”.

A nuestra viajera la intriga qué está pasando ahora en el sudeste de Europa, donde todo parecía haberse resuelto satisfactoriamente tras la Primera Guerra



Mundial (especialmente el “problema eslavo”). En Yugoslavia, “que significa el reino de los eslavos del sur”, convivían en frágil unidad, en las provincias de Eslovenia, Bosnia y Herzegovina, Serbia, Montenegro, Macedonia, Croacia y Eslovenia, gentes a las que habían enemistado astutamente entre sí el Imperio otomano y luego los austriacos a fin de que no pudieran organizar una revuelta común, apunta West, que reconoce que al principio “la violencia era lo único que yo asociaba a los Balcanes, lo único que sabía de los eslavos del sur”, para admitir que antes de su viaje “yo sencillamente no sabía nada en absoluto del extremo suroriental de Europa”. Lo que equivalía, dice, “a no saber nada de mi propio destino”. Hay, pues, algo de trayecto existencial en ese recorrido por Yugoslavia que no solo trata de describir unos lugares y gentes, los eslavos que ve similares a los españoles, con observaciones sobre paisajes, indumentaria o gastronomía (le decepciona la célebre trucha de Mostar), sino de dar con las claves históricas y geopolíticas de una zona que —y la escritora es consciente— va a saltar por los aires. “Mi presencia en Yugoslavia se debía a que yo sabía que el pasado es lo que forja el presente y quería ver cómo funciona ese proceso”. *Voilà el leitmotiv.* ●